

Ester García Moscardó

ROQUE BARCIA MARTÍ

AUGE Y CAÍDA
DE UN NUEVO MESÍAS
REVOLUCIONARIO



ESTER GARCÍA MOSCARDÓ

ROQUE BARCIA MARTÍ (1821-1885)

Auge y caída de un nuevo
mesías revolucionario

GRANADA, 2021

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Ilustración de portada:
Retrato de Roque Barcia en *La Ilustración Republicana Federal*
15 de junio de 1871, Biblioteca Nacional de España

Maquetación y diseño de cubierta:
Virginia Vélchez Lomas

© Ester García Moscardó

© Editorial Comares, 2021

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-156-5 • Depósito Legal: Gr. 478/2021

Impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS	IX
INTRODUCCIÓN	1

PARTE 1 (1821-1854)

Capítulo 1. LAS CICATRICES FAMILIARES	13
I. UNA FAMILIA DE ESCRIBANOS PÚBLICOS	14
II. UN DESTINO PROPIO	18
III. VOZ DE LOS GOBERNADOS	22
IV. LAS DESGRACIADAS CIRCUNSTANCIAS DEL HIJO DE UN PATRIOTA	30
Capítulo 2. EL ARDUO CAMINO DE LA GLORIA	43
I. ILUSIONES Y DESENGAÑOS DE UN LITERATO DE PROVINCIAS	44
II. RELATO DE UN VIAJE A ITALIA	52
III. <i>EL AUTOR DE LOS VIAJES</i>	63

PARTE 2 (1854-1868)

Capítulo 3. EPIFANÍA DEMÓCRATA	85
I. LA POSIBILIDAD REPUBLICANA	86
II. <i>¿QUÉ HAREMOS?</i> ESCENARIO PARA UNA CONVERSIÓN	90
III. EL DIOS Y EL DIABLO DEL PARTIDO PROGRESISTA	102
IV. «SI LA MENTIRA ES LA ENFERMEDAD, LA VERDAD ES EL REMEDIO ÚNICO»	111
V. UN <i>CRISTIANISMO CRISTIANO</i>	123
VI. LA VERDAD POLÍTICA	130
VII. NUEVAS POLÉMICAS PARA UN CRISTO PEQUEÑO, ENFERMO Y FLACO	138
Capítulo 4. LOS AÑOS TERRIBLES	145
I. TIEMPOS DE DESGRACIA: LO QUE LAS MUJERES NO COMPRENDEN	147
II. EXCURSO LITERARIO	158
III. HOMBRE DE PARTIDO	168
IV. DE PORTUGAL A <i>LA GLORIOSA</i>	186

PARTE 3
(1868-1874)

Capítulo 5. DAR ACCIÓN A LAS IDEAS. 199

 I. ¿BUSCÁIS UN MÉXICO Y UN NOVENTA Y TRES? 202

 II. UN PROFETA EN LAS CORTES 212

 III. EL EVANGELISTA DEL PUEBLO 220

 IV. TRANSIGIR ES RALEAR 234

 V. LA CONSTITUYENTE QUE NADA CONSTITUYÓ. 248

Epílogo. 267

Anexo. 277

Fuentes. 283

Bibliografía 289

«Vagabundeé mentalmente durante varias semanas, buscando la manera de empezar. Toda vida es inexplicable, me repetía. Por muchos hechos que se cuenten, por muchos datos que se muestren, lo esencial se resiste a ser contado. Decir que fulanito nació aquí y fue allá, que hizo esto y aquello, que se casó con esta mujer y tuvo estos hijos, que vivió, que murió, que dejó tras de sí estos libros o esta batalla o ese puente, nada de eso nos dice mucho. Todos queremos que nos cuenten historias, y las escuchamos del mismo modo que las escuchábamos de niños. Nos imaginamos la verdadera historia dentro de las palabras y para hacer eso sustituimos a la persona del relato, fingiendo que podemos entenderle porque nos entendemos a nosotros mismos. Esto es una superchería. Existimos para nosotros mismos, quizá, y a veces incluso vislumbramos quiénes somos, pero al final nunca podemos estar seguros, y mientras nuestras vidas continúan, nos volvemos cada vez más opacos para nosotros mismos, más y más conscientes de nuestra propia incoherencia. Nadie puede cruzar la linde que le separa de otro por la sencilla razón de que nadie puede tener acceso a sí mismo».

Paul Auster, *La habitación cerrada*

«Escribiré —había dicho— lo que disfrute escribiendo.
Y había rasguñado veintiséis volúmenes. Aun así, a pesar de todos sus viajes y aventuras y profundas cavilaciones y giros aquí y allá, se hallaba aún en proceso de construcción».

Virginia Woolf, *Orlando. Una biografía*

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las deudas de gratitud que he contraído durante los años que me he dedicado a esta investigación, objeto de mi tesis doctoral. En primer lugar, quiero agradecer a mis directores, Jesús Millán y María Cruz Romeo, su grado de implicación y de compromiso con mi trabajo, así como la confianza, el apoyo y la inestimable ayuda que me han prestado y me siguen prestando. Gracias también a Isabel Burdiel, Adrian Shubert y Florencia Peyrou, quienes formaron el tribunal que evaluó mi tesis en enero de 2019, así como Xosé Ramón Veiga, Teresa Maria e Souza Nunes y Albert García Balañá.

He podido iniciar mi carrera investigadora gracias a una Ayuda a la Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Agradezco además a Jesús Millán y a Ferran Archilés que me incluyeran en sus respectivos proyectos de investigación, «Las bases del Estado-nación y la trayectoria de la sociedad civil en la España del siglo XIX, 1840-1880» (HAR 2012-36318) y «Crear la nació. Cultura i discursos nacionals a l'Espanya Contemporània» (GV2016-117), lo que me permitió enriquecer mi labor investigadora. Quiero agradecer también a Jordi Canal su amabilidad y disposición durante mi estancia en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*; su ayuda y orientación encaminaron mi trabajo por los archivos parisinos. De la misma manera, Alberto Mario Banti me acogió con toda atención en la *Università di Pisa*. Debo agradecer a Pietro Finelli su interés por mi investigación, así como que me abriera las puertas de la *Domus Mazziniana*. No puedo olvidar a mis compañeros de doctorado del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat de València, con quienes he compartido tiempo, espacio e inquietudes dentro y fuera de la facultad.

Finalmente, mis amigos y mi familia son los que me han sostenido durante todo el tiempo que he dedicado a esta investigación. Mi agradecimiento a su apoyo incondicional y, sobre todo, a su infinita paciencia, se parece un poco a una disculpa.

INTRODUCCIÓN

«Había dentro de él un gran talento de hombre práctico, una fé de apóstol deseoso de encontrar el verdadero evangelio, y un corazón de niño antojadizo; cosas las tres que se peleaban entre sí, y que no lograron avenirse nunca»¹

El Globo, 3 de julio de 1885

El 2 de julio de 1885 llegó el día de las alabanzas para el viejo federal Roque Barcia, aunque en su caso fueron más bien pocas. Apenas un par de periódicos republicanos dedicaron algunos párrafos a recordar su figura, destacando su valía como propagandista demócrata desde los ya lejanos días del Bienio Progresista (1854-1856). Autor prolífico, apóstol incansable de la idea republicana, exiliado, diputado y senador federal después de *La Gloriosa*, instigador de la insurrección cantonal, presidente del Gobierno Provisional de la Federación Española en Cartagena. Las necrológicas trazaban a grandes rasgos su agitada trayectoria política, interrumpida bruscamente con la traumática cancelación del periodo constituyente federal en los primeros días de 1874. No faltaba quien todavía, entre elogios a sus obras filosóficas o lexicográficas, deslizara alguna condena a los desastrosos efectos de sus antiguos *desvaríos políticos*, aquellas *exageraciones sentimentales* que tanto habían contribuido a alucinar al pueblo y a extraviar su buen sentido político en la época de *la Federal*. El manto de olvido que había caído sobre él en los últimos años de su vida —decían— contrastaba con la inmensa popularidad que había alcanzado durante el Sexenio Democrático (1868-1874). Ya no se oía el nombre de ese «hombre apasionado y sincero» pero, según el periódico castelarino *El Globo*, «quizá no haya habido dos que despertasen tantos ecos en el seno de la opinion pública» en los tiempos revolucionarios. Apartado de

¹ En este trabajo se mantiene la grafía original de la época en todas las citas literales.

la esfera pública, denostado por sus antiguos compañeros de partido, la muerte se lo había llevado justo en ese momento en el que la cabeza empezaba a acusar las debilidades del cuerpo. Mucho debió doler a Barcia aquella atmósfera de silencio que le envolvió al final de su vida. Él, que había sido *periodista sin rival y conductor de muchedumbres*. Él, que tanto había temido que su nombre se perdiera en el océano del tiempo sin dejar huella.

La indiferencia que rodeó la muerte de Barcia constituye un triste corolario para la vida de una de las personalidades esenciales de la democracia española decimonónica, fundamental para comprender la cultura política republicana y sus posibilidades de desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX. Pero su caída política y su condena al ostracismo por parte de sus antiguos *correligionarios* relegaron su figura a los márgenes de la memoria del republicanismo. Las historias del movimiento, escritas por sus propios protagonistas a finales del siglo XIX, no le prestan demasiada atención y suelen presentarlo como un *intransigente* alucinado y movido por egoístas intereses personales. Quizás la excepción sea la monumental *Historia del partido republicano español* de su amigo y discípulo Enrique Rodríguez Solís, quien también trató de dignificar la memoria de su viejo maestro —si bien de manera bastante ambigua—, dedicándole un capítulo en su propia autobiografía. Por su parte, la historiografía especializada tampoco ha profundizado en la figura de Barcia, a pesar de que es habitual encontrar su nombre referido en los estudios sobre el republicanismo, asociado la mayoría de las veces al conflictivo contexto del Sexenio Democrático y su accidentado final. Algunos estudios puntuales han abordado aspectos parciales de su obra desde el campo de la lingüística o desde la filosofía del pensamiento, entre los que destaca la tesis doctoral que le dedicó Sergio Escot Mangas, pero a duras penas se encuentra algún trabajo centrado en su figura desde la disciplina histórica. Su desdibujado perfil historiográfico sigue siendo deudor de las dispersas referencias ofrecidas por sus coetáneos, que se mueven entre el tono laudatorio de quienes le admiraron y la enérgica condena de sus adversarios.

No es fácil, en cualquier caso, perfilar a Barcia. No lo fue tampoco para sus coetáneos, para quienes fue en muchos aspectos una figura desconcertante y, en algunos casos, incómoda. En general, destacaron su erudición, sus vastos conocimientos, su patriotismo, su lenguaje enérgico y su viva argumentación, así como su valía como publicista «ameno y elegante», aunque hay quien matiza que destacaba como «escritor de sentimiento, ya que no como orador ni como hombre de juicio sólido y firme»². En efecto, Barcia no fue buen orador, y buena muestra de ello es el negativo efecto que causó alguno de sus escasísimos discursos parlamentarios, «chocarrero hasta lo

² VERA Y GONZÁLEZ, Enrique, *Pi y Margall y la política contemporánea*, t. 2, Barcelona, Tipografía La Academia de Evaristo Ullastres, 1886, p. 613, n. 1.

inverosímil», según recoge la prensa³. Tampoco ayudaba en estas lides el hecho de que fuera algo sordo y de que le faltara el maxilar inferior derecho, de lo que resultaba un hablar un poco gangoso que le dificultaba el uso de la palabra. Es un rasgo que refiere también Pérez Galdós al retratar a Barcia, de quien destaca «su cuerpo mezquino y su cara irregular, más ancha de un lado que del otro». Julio Burell precisaba algo más la imagen: «[p]elo negro y enmarañado; ojos de exaltación y fiebre; cabeza pequeña y nerviosa, mal sostenida por un cuerpo desmedrado; en general, un aire de distracción y ensimismamiento». Rematado por una mirada recelosa, este lastimoso físico envolvía, a decir de Enrique Rodríguez Solís, «un espíritu algo débil, y un carácter sobrado impresionable». Pero quienes trataron con él también hablaban del «honradísimo y noble Barcia» como un hombre «de educación esmerada, de exquisito trato, modesto y popular cual ninguno, [...] un ejemplo de caballeros», incapaz de «soñar siquiera tener en sus manos un trabuco»⁴.

Ciertamente, su «dominio de la palabra se hacía efectivo por la pluma»⁵. Si como orador no destacó, el *Anuario republicano federal* de 1870 precisaba que era «el escritor a quien más se conoce, más se lee, más se aprecia y estudia, desde la ciudad más populosa e importante, hasta la más escondida y humilde aldea»⁶. Las referencias a su capacidad de conectar con las masas populares republicanas son una constante en las crónicas políticas de la época, y así lo reflejaron también en sus novelas algunos escritores de gran éxito como Benito Pérez Galdós o Vicente Blasco Ibáñez. Su *originalísimo* estilo fue, sin lugar a dudas, una de las claves de su éxito. Así lo recogía *El Globo* en su necrológica:

«Con su estilo cortado, sus tendencias declamatorias, sus inesperadas salidas y su facilidad pasmosa para vulgarizar las nociones generales, hizose leer, entender y admirar, como muy pocos, de la apasionada muchedumbre.

Tenia el privilegio singular de fijar la atención de todos con un simple apostrofe ó con un raro título, y una tendencia ingénita á lo extraordinario, que más de una vez le arrastró á extravagancias en cualquiera otro risibles pero en él admiradas, bien por lo vigorosas, ó bien por lo oportunas.

De ahí que sus folletos contengan, casi en igual número las bellezas y las puerilidades»

³ *El Imparcial*, 1 de febrero de 1870, p. 1.

⁴ PÉREZ GALDÓS, Benito, *España Trágica*, Madrid, Perlado, Páez y Cía., 1909, p. 114; DE CUÉLLAR, F. y BURELL, Julio, *Antología de las Cortes Constituyentes de 1869 y 1870*, t. III, Madrid, Talleres Tipográficos de La Mañana, 1913, p. 172; RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique, *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Plutarco, 1931, pp. 131 y 135; *Anuario republicano federal*, Madrid, J. Castro y Compañía, 1870, pp. 1427 y 1425.

⁵ DE CUÉLLAR, F. y BURELL, Julio, *Antología de las Cortes Constituyentes...*, p. 172.

⁶ *Anuario republicano federal...*, p. 1428.

Excéntrico y bíblico, apocalíptico y desusado, exagerado y ampuloso. Sus escritos estaban dotados de una fuerza que *persuadía al amigo e irritaba al adversario*, causando una honda impresión entre sus lectores. Uno de ellos afirmaba que Barcia «es el hacha revolucionaria que hiende y destruye la vieja encina que no dá fruto [...] es la tormenta que ruje en el espacio, que desgarrar la nube, que desborda el torrente, que destruye los campos; pero que despeja la atmósfera y beneficia los terrenos que inunda»⁷. La imagen es, sin duda, poderosa. Barcia se movía entre la furia y la santidad, «á veces recordaba al Santo de Asís y á veces, al través de sus ironías sentenciosas se creía ver sobre su frente la caperuza de Mefistófeles». Con sus *dogmas* de ira y piedad, difundidos a través de una ingente cantidad de folletos y artículos de prensa, llegó a tener «legiones de creyentes y de fanáticos en el pueblo». Según decían, durante su visita a la ciudad de Málaga en el verano de 1872 habían llegado a seguirle por la calle doce mil personas⁸. La cifra es sin duda exagerada, pero aún así debieron ser muchas. Rodeado de sus seguidores, Barcia emulaba la figura de Cristo: abrazaba a los menesterosos, besaba a los niños y lloraba con todos. Su influencia sobre las *masas republicanas* llegaría al paroxismo en el contexto de la I República (1873) y, sobre todo, de la escalada cantonal. Su desconcertante figura pública alcanzó unas dimensiones enormes.

El complejo perfil público de Roque Barcia supone la expresión del tipo de hombre político que había llegado a ser, tras toda una vida dedicada a lograr cierta influencia en la esfera pública. Porque Barcia fue un perpetuo buscador de gloria. Hijo de un escribano público de Isla Cristina, se crió entre el Trienio Liberal (1820-1823) y el final del Antiguo Régimen en el seno de una familia liberal, radical y religiosa. Poeta y viajero en su juventud, abrazó el progresismo en los inicios de la época postrevolucionaria y lo abandonó cuando se *convirtió* a la *santa religión* de la democracia durante el Bienio Progresista. Angustiado por las incertidumbres de un mundo en plena transformación, buscó un anclaje vital y filosófico en la religión y creyó haber descubierto el supremo fin de la historia, encarnado en su particular lectura de la democracia republicana y federal. Hombre de fuertes convicciones religiosas, siempre se pensó dotado de unas cualidades morales e intelectuales extraordinarias, descubridor de una verdad absoluta elevada a la categoría de *doctrina* que se imponía por su mera enunciación. Fue esa certeza la que, en buena medida, le empujó a la acción por medio de la propagación de sus ideas y modeló el carácter del hombre de letras político que llegó a ser, guiado por una autocomprensión carismática y mesiánica nada ajena a su religiosidad. Aca-

⁷ GRIMALDI, Ambrosio, *Emilio Castelar. Semblanza moral, intelectual y política*, Madrid, Est. Tipográfico de R. Vicente, 1869, p. VII.

⁸ DE CUÉLLAR, F. y BURELL, Julio, *Antología de las Cortes Constituyentes...*, pp. 171-172; *La Ilustración Republicana Federal*, 12 de julio de 1872, p. 286.

rició incluso la idea de encarnar al *hombre de España*, ese genio llamado a realizar la revolución política de la patria y a redimirla, acabando con su dolor y postración.

Pero Barcia no fue, desde un punto de vista convencional, lo que se suele entender como un hombre de acción. En su imaginación, la figura del revolucionario se solapaba con la del genio que contribuía con su trabajo intelectual a dibujar la senda del progreso. Él mismo se definió como un *jornalero del pensamiento humano* e hizo de la imprenta su particular campo de batalla político. De hecho, no conoció otro oficio que no fuera el de la escritura. A través de ella se construyó en la esfera pública, relatándose y dotando de significado a sus propias experiencias; en buena medida, su personalidad pública fue una proyección de las cambiantes actitudes que mostraba en sus textos. Utilizando una metáfora que el propio Barcia aplicó en multitud de ocasiones, se puede decir que su figura pública, o al menos aquella parte de su subjetividad que podemos recuperar a través de los materiales que dejó, se asemeja a un *gigante de muchos rostros*. A lo largo de su vida, se pensó y se mostró en público como un joven estudiante distinguido, como escritor de pensamiento, como maestro de la moral, como sacrificado patriota, como angustiado padre de familia. Pero su construcción más potente, la que sustentó su auge como propagandista popular y la que perduró en el imaginario público, fue sin duda su imagen de *evangelista del pueblo* —el *nuevo Jeremías*, como le bautizó la prensa—, profeta social y doliente mártir de la verdad republicana, trasunto político del Cristo redentor. En él confluían los imaginarios del hombre revolucionario, del reformista social que alumbraba un mundo nuevo, del mártir de la libertad, del propagador de la palabra. Desde esa manera de entenderse, que fijaba tanto su propósito como sus actitudes en la esfera pública, se dedicó a difundir su particular lectura religioso-política de la democracia y de la que, a su juicio, era su única expresión política posible: la república federal.

Como hombre creyente, su experiencia religiosa también formaba parte del bagaje interpretativo a través del cual dotaba de significado al campo político y a los principios que debían regirlo. En su pensamiento, democracia y cristianismo constituían dos caras de la misma moneda: la democracia era el *cristianismo político*, de la misma manera que el cristianismo era la *democracia religiosa*. Así, Barcia construyó toda su filosofía social y política sobre las bases de una particular religiosidad heterodoxa, evangélica y cristocéntrica que rechazaba frontalmente la ortodoxia católica oficial. De hecho, el anticlericalismo fue una de las actitudes que caracterizaron su perfil de propagandista, junto al antimonarquismo. Su carácter polemista, dogmático y retador le llevó a entablar múltiples disputas públicas con numerosas personalidades de la época, muchas veces por cuestiones religiosas, aunque no sólo. A partir del Bienio Progresista, contribuyó con su intensa actividad propagandística a construir esa *visión del mundo* democrática, republicana y federal que estalló tras la *Revolución Gloriosa*. En el agitado —y polarizado— contexto del Sexenio Democrático, su éxito fue arro-

llador. Paradójicamente, sucumbió ante la dinámica desbocada de un tiempo político que él mismo había contribuido muy activamente a acelerar.

A la vista de los rasgos que se han esbozado, la figura de Barcia se nos presenta tan excéntrica como nodal para comprender algunos de los procesos y problemas fundamentales de la contemporaneidad española y también europea. Por esta razón, conviene precisar que este es un libro de historia biográfica sobre el republicanismo, su trayectoria en la segunda mitad del siglo XIX y la dinámica de la democracia en ese contexto. La opción se fundamenta en las posibilidades que ofrece la experiencia vital de un personaje como Barcia para interrogar con preguntas nuevas a un objeto bastante conocido, pero muy complejo, como es la cultura política republicana. El sinuoso camino que llevó al hijo pequeño de un escribano público de Isla Cristina a verse en disposición de desafiar seriamente a las estructuras del Estado a la altura de 1873 suscita, al menos, dos grandes preguntas que me han guiado en la elaboración de este estudio. En primer lugar, cómo fue posible que una individualidad y una trayectoria como las de Barcia cristalizaran en el marco del proceso de construcción del Estado-nación liberal en España. O, dicho de otra manera, en qué contextos y a través de qué marcos de referencia —social, política y cultural— aprendió Barcia a pensar el mundo que le rodeaba y a pensarse en él, a otorgar sentido a la realidad y a su propia vida, a imaginar diferentes escenarios en los que desarrollarse y en los que representar las consecuencias de sus actos. En segundo lugar, cómo ilumina esa trayectoria el auge del republicanismo desde el Bienio Progresista y su fracaso institucional en el contexto del Sexenio Democrático, especialmente en lo relativo a las dificultades que mostraron los republicanos para afirmar, en la práctica, la democratización del sistema liberal. En este doble marco, la figura de Barcia supone una vía de acceso privilegiada para observar los diferentes significados de *democracia* que circularon desde mediados del siglo XIX en España, pero también el tipo de liderazgos llamados a hacerla realidad y que se confrontaron en el marco de la I República.

En este sentido, Roque Barcia sintetiza el auge de una figura política radicalmente contemporánea en la que se integran las imágenes románticas del revolucionario y del nuevo escritor, entendido como *profeta social*. Dos imágenes que no son en absoluto contrapuestas, a pesar de la tendencia a separar analíticamente a los *hombres de pensamiento* y los *hombres de acción*. Ambas surgen de la dimensión política del nuevo individuo que asciende —y se consolida— al hilo de las revoluciones Americana y Francesa y se entrelazan en torno a la idea del *hombre excepcional*. El proceso que hizo emerger la contemporaneidad trajo consigo la toma de conciencia del potencial transformador del individuo, de su capacidad de modificar la realidad mediante su acción consciente y su intervención en la sociedad. Voluntad de acción y responsabilidad moral se combinan para configurar esa dimensión política y confluyen en el ámbito de lo público, que se perfila como un espacio de acción política y de transformación social. Un espacio que se conjuga específicamente en masculino y que constituye el

escenario en el que se desempeña el hombre revolucionario, guiado por el hipotético conocimiento anticipado de lo que ha de suceder. La acción revolucionaria, imbuida de pasión, anhelo, esperanza, cobra sentido en el marco de un proyecto regenerador imaginado y deseado, dictado por la fe en el progreso humano y sólo vislumbrado por una genialidad selecta. El auge de este tipo de individualidad, modulada por la sensibilidad romántica, corre paralelo al surgimiento de la nación, nuevo sujeto colectivo y soberano que expresa la voluntad general. En un momento regido por la lógica política de élites, el hombre de letras revolucionario se erige intérprete y voz de un pueblo al que, sin embargo, es necesario guiar en su camino de redención. Parafraseando las conocidas palabras de Napoleón a Goethe, la política es el destino del hombre que vislumbra un mundo mejor para sus semejantes. En un mundo en proceso de secularización, la consagración del escritor en la primera mitad del siglo XIX supone el ascenso de un sacerdocio laico impregnado de connotaciones religiosas que precipita en la imagen del *profeta social*⁹.

Es en este universo político-cultural en el que cobra todo el significado el liderazgo carismático y mesiánico que encarnó Barcia, nuevo Cristo llamado a redimir a la patria por medio de la política. En el contexto de mediados del siglo XIX, quizás uno de los máximos referentes de este tipo de revolucionario romántico fue Giuseppe Garibaldi. Es cierto que este ofrecía un perfil militar vinculado a una masculinidad guerrera que se aleja del carácter revolucionario de Barcia. Pero también condensa esa imagen heroica del político carismático, construida entre la realidad y la ficción sobre una combinación de radicalismo, sentimentalismo, romanticismo popular y narrativas religiosas. La experiencia de estos liderazgos, con una notable capacidad para generar identidad política en torno a determinadas figuras carismáticas, fue fundamental en algunos aspectos para el surgimiento posterior, ya en la época de la política de masas, de los grandes *demiurgos políticos* asociados al culto de la personalidad¹⁰.

La admiración que despertó Barcia como propagandista popular no alcanzó, desde luego, las proporciones míticas del culto garibaldino. Entre otras cosas, a diferencia del héroe de la unificación italiana, sus intentos de llevar a cabo su proyecto revolucionario se saldaron con un fracaso estrepitoso. Por su parte, Garibaldi se sumó al amplio consenso logrado por la monarquía sabauda en torno a su *Statuto*, a pesar de que constituía un sistema de carta otorgada que establecía un sufragio muy restringido. Esta era una vía de reforma política que se había mostrado eficaz en el ámbito europeo,

⁹ BÉNICHOU, Paul, *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; THIESSE, Anne-Marie, *La fabrique de l'écrivain national. Entre littérature et politique*, París, Gallimard, 2019.

¹⁰ RIAL, Lucy, *Garibaldi. Invention of a hero*, New Haven-London, Yale University Press, 2008; WEBER, Thomas, *De Adolf a Hitler. La construcción de un nazi*, Madrid, Taurus, 2018.

ya que las monarquías constitucionales habían optado por este tipo de sistema tras la oleada revolucionaria de 1848. Pero esta solución no había arraigado en España. Tal y como había ocurrido en cada momento de crisis del sistema a lo largo de todo el siglo XIX, los revolucionarios de la *Gloriosa* volvieron a invocar en 1868 la soberanía de la nación —y su poder constituyente— como principio de legitimidad política. El triunfo revolucionario supuso el establecimiento de un sistema democrático bajo la forma monárquica, pero las diferencias irreconciliables en torno a la definición de la *democracia* y cuál debía de ser su arquitectura política tensionaron de manera extraordinaria la dinámica política del Sexenio Democrático. La ambivalente actitud de los republicanos ante la proclamación de la monarquía democrática, entre la legalidad y la insurrección, debe entenderse en el marco de una cultura política que recogía un ideal emancipador en el que resonaban la tradición del liberalismo gaditano. La polarización de ambas posturas en el seno del federalismo llevó al partido a su práctica desintegración a finales de 1872.

La inesperada proclamación de la I República exacerbó la desconfianza entre quienes se reconocían como *benevolentes* e *intransigentes*. En lugar de generar dinámicas conjuntas para consolidar la naciente república, la tensión desembocó en un conflicto por hegemonizar el proceso de construcción del Estado-nación republicano, escenificado en la escalada cantonal liderada intelectualmente por Barcia. Por primera vez, el propagandista popular abandonó el mundo de la imprenta y pasó a la acción como líder republicano. En Cartagena alcanzó el punto álgido de su carrera política, pero también supuso su más absoluto hundimiento. Con su comportamiento excéntrico no sólo se desacreditó él, sino que contribuyó a construir esa imagen caótica del año 1873 que marcó la memoria colectiva y que abrió una cesura abismal: aquellos «tiempos de desolación apocalíptica» de los que hablara Menéndez y Pelayo no se debían repetir jamás. Desde este punto de vista, se puede decir que la ruptura cantonal supuso el agotamiento de una tradición política de largo recorrido que legitimaba el derecho de insurrección como expresión de la *voluntad general*. El caso de Barcia muestra cómo la traumática quiebra de esa tradición pudo llevar a la aceptación del régimen restauracionista (1875-1923). En mi opinión, sintetiza uno de los grandes problemas históricos de la España contemporánea: el sinuoso paso de un soberanismo político de carácter democrático a un liberalismo de élites —no democrático y en gran medida ficticio— que, a la larga, se mostró ineficaz en la época de la ascendente *sociedad de masas*.

En síntesis, Roque Barcia constituye uno de esos prismas a través de los cuales es posible observar el mundo que habitó de una forma diferente y, en buena medida, nueva. Su trayectoria vital, jalonada de giros, rupturas, tropiezos y contradicciones, nos descubre una manera de estar en el mundo y de conducirse en él que es al mismo tiempo radicalmente original e ineludible producto de las tensiones de su tiempo. Fue en muchos aspectos un personaje extraño y extravagante, incómodo para el mismo republicanismo que él contribuyó a forjar. Pero su individualidad también fue hechura

de las incertidumbres y miedos que acompañaron al conflictivo proceso de construcción del Estado-nación liberal en España.

En 1836, Alfred Musset retrató en *La confesión de un hijo del siglo*, de forma muy expresiva, la enfermedad de una juventud abocada a la desesperación. Después de la Revolución y de la caída de Napoleón, el siglo *presente* —decía— separaba el pasado y el futuro. No era ni lo uno ni lo otro, pero se parecía a los dos al mismo tiempo. A los jóvenes sólo les quedaba «el presente, el espíritu del siglo, ángel del crepúsculo, que no es ni noche ni día». No había que buscar en otro sitio el secreto de sus males¹¹. La *desesperanza* de los hijos frustrados de la revolución constituye quizás uno de los paisajes clave que hacen comprensible la figura de Barcia en el contexto de las décadas centrales del siglo XIX. Su excentricidad no podía rebasar los límites de lo posible en su tiempo, pero a la vez, y por esa misma razón, supone un elemento que problematiza la estabilidad de esa frontera y nos obliga a repensarla. Es precisamente ahí donde radica la potencialidad de Barcia y lo que hace de él un personaje fundamental para comprender mejor no sólo el republicanismo español decimonónico y su trayectoria en la segunda mitad del siglo XIX, sino también algunos de los grandes procesos que hicieron emerger la contemporaneidad en Europa occidental.

¹¹ MUSSET, Alfred, *La confesión de un hijo del siglo*, Barcelona, Mundilibro, 1973, pp. 11-29.

Este
libro analiza la trayectoria de la democracia republicana en la segunda mitad del siglo XIX desde la experiencia del escritor federal Roque Barcia Martí (1821-1885). Poeta, viajero y literato en su juventud, empezó a despuntar como figura destacada del republicanismo en el Bienio Progresista. A lo largo de su agitada vida pública fue autor prolífico, propagandista, revolucionario, exiliado, diputado a Cortes, senador y cabecilla del Cantón de Cartagena. Aunque provenía del progresismo, su conversión a la democracia republicana y federal en la primavera de 1855 supuso su integración en una cultura política capaz de desafiar las concepciones políticas y sociales del liberalismo hegemónico en contextos de crisis del sistema. Guiado por una autocomprensión carismática y mesiánica nada ajena a su religiosidad, su identificación como *escritor público republicano* fijó en su imaginación el sentido de su misión providencial. El auge de Barcia como propagandista popular corrió en paralelo a la extensión del republicanismo en los años de la crisis final de la monarquía isabelina. En el contexto de la explosión federal del Sexenio Democrático, su figura pública alcanzó una dimensión enorme. Entre las claves de su éxito, destaca su eficacia a la hora de construir su imagen pública como *evangelista del pueblo*, una operación que no se puede entender sin tener en cuenta su capacidad para compartir con el público sus dolores y emociones.

En síntesis, Roque Barcia es una figura esencial para comprender la trayectoria del republicanismo en la segunda mitad del siglo XIX y la dinámica de la democracia en ese contexto. El magnetismo de su personalidad pública expresa el auge del político masculino, característico del mundo contemporáneo. Su biografía —su auge y declive— obliga a trascender las lecturas lineales y teleológicas que han dominado algunas interpretaciones del siglo XIX español.

